



En el patio de una antiquísima casa solariega existe aún esta primorosa fuente construida allá por los tiempos de la colonia.

ESTÁ la fuente abandonada al amor de la tarde. Ya el agua no se queja ni la hiere el sol, y las viejas no se persignan al verla ni los vagabundos las saludan a la hora del Angel del Señor. Calle abajo — entre el polvo que es el oprobio de la ciudad antaño luminosa — no se ve ya al aguador que entraba en las casas diciendo: "Buenos días". Está ya la fuente sin rumor; ni el lépero ni el santo — como aparece en grabados antiguos — se detienen ante ella, porque ya nada tiene que dar. No pasa la calesa pomposa que en el virreinato iba a los toros, ni cruza por allí el señor oidor de la barba blonda a ver morir el dia en los ramales, ni siquiera late — como en aquella de Chapultepec — con su arrullo de paloma escondida en la penumbra, el

EL ENCANTO DE LAS FUENTES ABUELAS

agua doliente en que caían las hojas más altas y se llenaba de brillos de coquetería la pupila del atardecer.

Eso fué la ciudad rezadora y feliz: campanas muy remotas, abanicos de marfil y de ilusión, fuentes que ya no cantan. Eran 61, dice suspirando el cronista, en aquel tiempo en que el sol abría brecha a las naos en el mar nebuloso de las Filipinas, mientras aquí el "sereno" anunciable, en la onda de la noche, el mal tiempo, el pronto asomo de la luna argentina. Eran unas, de piedra color de rosa, con la imagen guadalupana; otras, vestidas de azulejos que ardían en color de santidad; y una de tecali y la de Santa Isabel de Tola, en la aldehuela de los franciscanos, con San Francisco de Asís echando agua por el costado, mientras los hechos dibujaban su exquisito blasón en los brocales. Eran 61 cantando y alabando a Dios